

La mujer y el ejercicio del poder. La paz como estrategia

Gloria Cecilia Molina Villamarín*

Resumen

Durante el trasegar de la historia las mujeres hemos sido víctimas sistemáticas de la violencia como ejercicio del poder, pero también hemos sido victimarias y perpetuadoras del *status quo* en la manera como hemos educado a nuestros hijos e hijas, procreando y formando nuevas generaciones de abusadores(as). Las nuevas realidades nacionales e internacionales deben servir como herramienta para la superación de esas barreras que han perpetuado el ejercicio violento del poder en contra de las mujeres.

Palabras clave: mujer, violencia, ejercicio del poder, medios de información, nuevas tecnologías, paz, familia

Introducción

Sería lógico que este ensayo iniciara haciendo una panorámica histórica del papel de la mujer en la construcción de la sociedad a lo largo del tiempo. Toffler (1994) hace un recorrido histórico para identificar las diferentes formas de ejercicio del poder y los resultados no son nada positivos, especialmente en cuanto hacer referencia a las mujeres. Innumerables serían los ejemplos que se podrían citar sobre autores que han evidenciado ese desventajoso ejercicio, temas que seguramente hemos escuchado y aún vivido en nuestra calidad de mujeres.

Quisiera enfocarlo desde lo sencillo, lo común, las maravillas del día a día, lo que todavía puede sorprender. Nuevos estudios sociológicos

* Estudiante de Derecho, Universidad Católica de Colombia.

ponen de manifiesto que las mujeres en Colombia hemos ejercido el más grande y oculto poder al ser quienes realmente construimos la base fundamental de la sociedad como la familia, y quienes de manera silenciosa y totalmente inconsciente hemos transmitido la violencia, la frustración o el amor que hemos recibido (León, 1997).

Este es el verdadero ejercicio del poder en la transformación de una sociedad, el que la define, la cambia y permite su éxito o fracaso, tan sencillo como el hecho de que si una mujer logra el reconocimiento del otro, mediante el amor puede comunicar ideas de respeto y solidaridad; no necesariamente en la lucha y competencia que nuestras dos últimas generaciones han venido planteando, llevándonos al extremo de individualizar nuestras visiones de familia, éxito económico y profesional.

Nos espera un arduo trabajo en la transformación de nuestra visión colectiva y la de nuestros dirigentes. Es bien conocido el hecho de que una honorable congresista peruana afirmó hace poco tiempo que si una mujer es maltratada por su pareja es porque seguramente ella había dado los motivos para tal agresión (RPP Noticias, 2017), o que algunas tribus indígenas siguen practicando la aberrante tradición de la ablación, y son las mujeres precisamente quienes deciden y practican tales actos de barbarie (Cosoy, 2016).

El uso de la “costumbre” es otra forma de ejercicio discriminatorio del poder, de esta manera varias generaciones de mujeres y hombres crecimos con el concepto de que “los hombres no lloran”, afirmación muy frecuente de muchas madres a sus compungidos hijos cuando mostraban debilidad hasta el llanto, permitiendo a las mujeres esa potestad de llorar por los problemas de la vida, porque eran el “sexo débil”. Esta situación aún hoy en día se vive con más frecuencia de la que sería deseable.

Pero si la fuerza de la costumbre marca una visión sexista y discriminatoria del ejercicio del poder, la historia de Colombia no se queda atrás, los libros de texto nos dibujaron a una Manuelita Sáenz como una señora licenciada y libertina que vestía pantalones de hombre y montaba el caballo a horcajadas y no como amazona, es decir de lado, que era la forma como las “mujeres de bien” deberían montar tales animales, y quien

vivió en “concubinato pecaminoso” con el Libertador Simón Bolívar, pero se desconoce completamente el papel histórico de la “Libertadora del Libertador” (Londoño López, 2008).

Es precisamente el “ejercicio del poder” el que ha marginado a tantas generaciones de colombianas, generado condiciones de violencia extrema en Colombia desde la época colonial, y aún todavía se enseña de manera significativa contra las mujeres, que continúan siendo el botín de guerra, el sujeto sobre el que hay que “ejercer el poder” y demostrar quién manda. Son muchos los testimonios de víctimas de los grupos armados involucrados en el conflicto, y aún de sus miembros, que denotan cómo la barbarie de la guerra generaba violaciones masivas y todo tipo de ultrajes y vejámenes contra las mujeres, y ni qué decir de las periodistas o aquellas que de alguna manera osaran oponerse al poder de estos grupos armados. La mujer siempre fue el botín de guerra (Revista Semana, 2016).

Pero que no se nos olvide que la historia también nos ha enseñado que somos nosotras las mujeres las llamadas a reconstruir nuestros países después de las devastadoras guerras, en la Alemania nazi al finalizar la guerra, fueron las mujeres las que restauraron un país devastado (Castaño, 1995); por tanto, es el momento de practicar lo aprendido, no cometer los mismos errores y parar de transmitir la violencia, reconocer la inmensa posibilidad de ejercer ese poder fuerte, oculto y definitivo para la transformación de nuestra sociedad y en la construcción del día a día, romper las cadenas y educar en nuevos y mejores valores a los hijos y familias que estamos construyendo.

Importante es poder influir en los estereotipos que presentan los diferentes medios que difunden violencia. En el caso cinematográfico, asistimos a una constante degradación y menosprecio de la mujer a la que, de manera sistemática, se le aplicó una violencia psicológica, moral, intelectual y en general se le consideró inferior, sin capacidades y sin posibilidad de lograr sus objetivos, salvo que estos se cruzaran con los de sus parejas, padres, hermanos o cualquier otro hombre (Núñez Domínguez, y otros).

Es hora de iniciar un proceso de disminución de la violencia física aplicable mediante la agresión, el desplazamiento, el terror y los vejámenes en que las mujeres involucradas en el conflicto armado han estado inmersas durante tantos años, reproduciendo, de manera inconsciente en muchos casos, en otras no tanto, la misma estructura de violencia y “ejercicio del poder” durante generaciones y generaciones; es una tarea que las nuevas realidades nacionales hacen ver como posible, por lo menos en un incipiente ejercicio teórico.

La violencia sexual en contra de la mujer es un flagelo que ha marcado ampliamente nuestra sociedad, y con ella ha logrado aumentar males sociales como la prostitución, la trata de mujeres, el consumo de alucinógenos, el narcotráfico y en general todos los tipos de delincuencia, enmarcados en un ambiente de violencia permanente, que ha degradado en otro tipo de violencia, la violencia social (Josse, 2010), pero somos las llamadas, como madres de estas generaciones, a cambiar estos valores negativos en acciones proactivas que prevengan futuras generaciones de abusadores.

Debemos acotar que este escrito no es, ni mucho menos, feminista ni se enmarca dentro de ninguna tendencia de rechazo al género masculino; por el contrario, debemos destacar que en una amplia variedad de casos la violencia es impartida por mujeres contra mujeres. Es un hecho de la mitología urbana (¿o rural?) presentado como real por los medios de comunicación, y conocido por todos el que la comandante Karina perteneciente a las FARC en su recorrido de terror por el departamento de Antioquia, participaba en actividades en las que los insurgentes a su mando jugaban fútbol con las cabezas de las personas que asesinaban (Agencia AFP, 2016).

En este largo camino para llegar adonde estamos, no se puede obviar eso, hoy las mujeres “pueden estudiar”, ello entre unas comillas bien destacadas, pueden elegir y ser elegidas, pueden tener propiedades, ser empresarias, ser terratenientes, decidir sobre su cuerpo y, sobre todo, hoy las mujeres pueden decir que “no”, sin que tengan que pensar en

recatos, sanciones o cualquier otro tipo de discriminación; ello por lo menos en esta parte del mundo y de manera teórica.

Retomando a Toffler (1994), su argumento apuntaba hacia un nuevo modelo de poder basado en el control de la información, los que detentaran esta calidad, la de propietarios de la información y que supieran qué hacer con ella, serían los nuevos dueños del poder. La información, de hecho, ha sido parte fundamental de un nuevo despertar, hoy hay conceptos como “feminicidio”, que abunda en las redes sociales y es capaz de generar campañas globales de rechazo a este tipo de violencia; es la información, mediante el uso de las tecnologías como las redes sociales y los medios independientes de los detentadores del poder los que han permitido visibilizar realidades, antes muy lejanas, de violencia contra las mujeres, pero también plantear alternativas.

Esos canales de información han favorecido, a nivel mundial, el rechazo de actitudes racistas y antifeministas de quienes ostentan el poder público global, aún del considerado “primer mundo”, por su desarrollo y poder económico, en teoría más civilizado, menos agresivo y más tolerante, pero que en la realidad evidencia que los males que nos aquejan son los mismos en cualquier lugar de la tierra.

Estos mismos medios alternativos y modernos de comunicación han motivado a la sociedad a movilizarse y a mostrar algún grado de preocupación por hechos tan graves como la violencia en contra de las mujeres, pese a que el común denominador de nuestros días es la indiferencia, que lo que hace es prolongar estos modelos de “ejercicio del poder”, cambiando solo su forma, pero siendo en el fondo los mismos de toda la historia de la humanidad.

Las mujeres hemos sido víctimas, pero también hemos sido victimarias. Así las cosas, las mujeres en Colombia hemos sido eje fundamental e instrumento del “ejercicio del poder” a través de la violencia en todas sus formas. Esta es la oportunidad de cambiar el orden de las cosas. No debemos desconocer, como lo mencionamos anteriormente, los enormes esfuerzos que se han hecho para llegar adonde estamos, somos

una generación fruto de la lucha de muchas mujeres valerosas a lo largo de la historia.

De acuerdo con la Registraduría Nacional del Estado Civil, poco más de 18 millones de mujeres nos encontramos habilitadas para votar en Colombia (Colprensa, 2016), cifra superior a la de hombres habilitados, lo que indica que las mujeres tenemos la posibilidad de decisión en estos procesos.

Las mujeres colombianas, víctimas de la violencia somos las más calificadas para decidir si el país quiere, de verdad o no, la paz, las más indicadas para decidir los nuevos derroteros de la Colombia que dejaremos a nuestros hijos; y ahora más que nunca, somos capaces de decidir sobre qué queremos y esperamos del futuro, pero ello requiere un esfuerzo grande, y se comienza con la tolerancia: no podemos ser las mujeres victimarias de otras mujeres, ni tampoco dejarnos llevar por intereses mezquinos; es hora de tomar las riendas de la situación actual y ser proactivas en la búsqueda de la verdadera paz como estrategia que permita que el país supere sus ancestrales diferencias.

Queremos educar a nuestros hijos en la tolerancia, hacer respetar sus derechos con argumentos y con vehemencia, pero no con violencia, no olvidemos que la base de la sociedad es la familia y las mujeres somos el eje principal de ella. En este sentido, somos las únicas capaces de evitar que el “ejercicio del poder” se siga llevando a cabo como hasta ahora, pero ello requiere el concurso de todas nosotras, como madres, educadoras, hermanas, esposas, amigas.

Referencias

- Agencia AFP. (24 de junio de 2016). *'Karina', la exguerrillera más feroz de las Farc, habla sobre el cese bilateral*. Diario El País. Recuperado de <http://bit.ly/2jacXqK>
- Castaño, J. R. (1995, 24 de junio). *Las mujeres de los escombros*. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-351828>

- Colprensa. (2016, 29 de septiembre). *Esto es lo que tiene que saber para votar el plebiscito del 2 de octubre*. El Universal. Recuperado de <http://bit.ly/2cKtBg8>
- Cosoy, N. (2016, 14 de julio). *El silencioso problema de la mutilación genital femenina en Colombia*. Recuperado de <http://www.semana.com/nacion/articulo/mutilacion-genital-femenina-en-colombia/481851>
- Josse, E. (Marzo de 2010). “*Vinieron con dos armas*”: las consecuencias de la violencia sexual en la salud mental de las víctimas mujeres en los contextos de conflicto armado. Recuperado de <https://www.icrc.org/spa/assets/files/other/irrc-877-josse.pdf>
- León, M. (1997). *Poder y empoderamiento de las mujeres*. Bogotá, Colombia: TM Editores.
- Londoño López, J. (2008). Manuela Sáenz: “Mi patria es el continente de la América”. *Cuadernos Americanos*, 67-85.
- Núñez Domínguez, T., Troyano Rodríguez, Y., Guarinos Galán, V., Vera Balanza, T., Martínez-Pecino, R., y Sell Trujillo, L. (n. d.). *Cine y violencia contra las mujeres. Reflexiones y materiales para la intervención social*. Murcia, España: Universidad de Murcia.
- Revista Semana. (2016). *El cuerpo femenino como arma de guerra*. Recuperado de <http://www.semana.com/on-line/articulo/el-cuerpo-femenino-como-arma-guerra/81387-3>
- RPP Noticias. (2017, 11 de octubre). *Congresista Maritza García justificó agresión a mujeres en ciertas circunstancias*. Recuperado de: <http://bit.ly/2hCH3m2>
- Toffler, A. (1994). *El cambio del poder*. Barcelona, España: Plaza y Janés.